

Antonio Cándido

Una palabra inestable

Traducción de Márgara Russotto

Antonio Cándido es profesor emérito de la Universidad de São Paulo (USP) y de la Universidad Estatal Paulista Julio de Mesquita Filho (UNESP), y Doctor Honoris Causa de la Universidad Estatal de Campinas (UNICAMP). Ha publicado numerosos estudios sobre Teoría Literaria y Literatura Brasileña.

Márgara Russotto es profesora de literatura y cultura latinoamericana en University of Massachusetts-Amherst y Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela, Caracas. Doctora en Teoría Literaria y Literatura Comparada de la Universidad de São Paulo. Traductora de poesía y ensayos del italiano y el portugués. Ha publicado numerosos artículos y estudios sobre poesía, escritura femenina, literatura brasileña, escritura privada y autobiografía, entre otros temas.

Ensayo publicado anteriormente en *Escritura* XVI. 27. Caracas (enero-junio 1989), 31-39.

CUANDO MI GENERACIÓN estaba en la escuela primaria, la palabra “nacionalista” tenía una connotación diferente a la de hoy. En los libros de lectura y en la orientación familiar, correspondía en primer lugar a un orgullo patriótico de fondo militarista, nutrido de la expulsión de los franceses, guerra holandesa y sobre todo de Paraguay. En segundo lugar, venía el extraordinario tamaño del país, con el inmenso territorio, el río más grande del mundo, los paisajes más hermosos, la suavidad del clima. En Brasil no hacía demasiado frío ni demasiado calor, la tierra era invariablemente fértil, ofreciendo un campo fácil y amigo del hombre, generoso y trabajador. Finalmente, aquí no había prejuicios raciales ni religiosos, todos vivían armoniosamente, sin luchas ni violencias, y nadie conocía el hambre, pues sólo quien no quisiese trabajar pasaría necesidades. El famoso libro del Conde Afonso Celso, *Porque me ufano do meu país* (1900), expresaba en un grado de máxima exaltación y de máxima ingenuidad esta visión tonta y peligrosa, que sólo más tarde sería ironizada con el nombre de *ufanismo*.

Cuando éramos niños, aún sentíamos los últimos contragolpes de la Campaña Nacionalista de los años de la Primera Guerra Mundial. En aquellos años, cuando hombres como Olavo Bilac (autor de la letra del Himno a la Bandera) eran los líderes de movimientos cívicos a favor del servicio militar obligatorio y de la instrucción igualmente compulsiva (en un país donde no se creaban escuelas y los hacendados prohibían a los trabajadores que aprendiesen a leer). Los Tiros de Guerra¹, fundados en ese entonces, alineaban a los jóvenes en trajes caqui, para entonar himnos exultantes: “Somos de la patria la guardia, / Fieles soldados por ella amada”, y advirtiéndolo al final: “La paz queremos con fervor/ La guerra sólo nos causa dolor/ Pero, si la Patria amada/Fuera ultrajada,/Lucharemos con valor”.

El “amor febril por Brasil” (en el mismo himno) eleva la temperatura de los escritos y discursos, en un tiempo en que la retórica ensoberbecía el tono de la vida intelectual, y los oradores eran su expresión más amplia y popular. Fue un tiempo en el que el patriotismo era propiamente nacionalista en el sentido más agresivo de la palabra, al generar el sentimiento (como compensación) de superioridad, y el toque de xenofobia que suele acompañarlo, ocultando cierta belicosidad apenas insinuada. En los años de 1920 esta atmósfera le dio el último empuje al vigoroso sentimiento antiportugués que venía de la Independencia, en los libros como *As razões da Inconfidência* (1925), de Antonio Torres, combativo reaccionario que no tenía frenos en la lengua.

1. Tiros de Guerra: sociedades de instrucción militar controladas por el Ministerio de Guerra, que entrenaban durante un año a jóvenes de 16 a 20 años, dispensándolos del sorteo para servir en la tropa (N.T.)

Pero Antonio Torres era también un firme pesimista. Y el pesimismo era la otra cara de la moneda nacionalista: la de Silvio Romero, la de Euclides da Cunha. El libro de este último, *Os Sertões*, mostró en 1902 una imagen del país muy distinta: el interior miserable y aplastado, sometido a una cruel represión militar, que en el fondo reflejaba la desorientación de las clases dirigentes y las desmoralizaba como guías del país. Era como si las estampas ingenuas del Conde Afonso Celso fuesen de repente destruidas por la garra de la verdad callada y deprimente. A partir de Euclides da Cunha, debió haberse mostrado por lo menos constreñido, el ángulo eufórico que ocultaba la incompetencia y el egoísmo de las clases dirigentes.

Que no todo eran rosas también lo demostraron ciertas investigaciones y ciertos descubrimientos científicos. Al mostrar el estado calamitoso de las poblaciones rurales, se comprometió la posibilidad de una visión tranquilamente optimista. Si por una parte, el saneamiento de Río de Janeiro (1902-1906), por obra de Oswaldo Cruz, parecía redimir el país de sus trastornos más humillantes ante la mirada extranjera, la realidad estallaba en las investigaciones sobre el estado catastrófico de la salud en la mayor parte del interior corroído por enfermedades, como la que tomó el nombre del científico que descubrió su causa en 1909, Carlos Chagas. De 1915 es el notable discurso de Miguel Pereira, tratando de rasgar el velo de la retórica patrioterica y mostrando otro modo de ser nacionalista: no ocultando los hechos.

En ese discurso afirmaba que, en muchos aspectos, “Brasil todavía es un gran hospital”. La frase quedó, pero sin el contexto mucho más importante. Refiriéndose a la campaña por el servicio militar obligatorio el gran médico decía que si la patria no proporcionaba a sus hijos salud, alimentación e instrucción, no tenía el derecho de pedirles que dieran la vida por ella con las armas en la mano; incluso porque, en el estado en que se encontraba, la mayoría de la población no tenía condiciones para ello. Este cuadro sombrío desencadenó la reacción indignada de los partidarios de la visión eufórica, pero la frase se hizo proverbial. Poco después, Monteiro Lobato (aunque con cierta amargura desagradable de patrón decepcionado) traería la imagen del campesino desvitalizado y retrógrado, abandonado a su destino triste. Con ello, dio una estocada firme en el regionalismo idílico, o por lo menos pintoresco, de la mayoría de los escritores del género.

Por lo tanto, en este siglo la palabra “nacionalismo” presentó por lo menos dos caras, opuestas y complementarias: la exaltación patrioterica, que hoy parece disfraz ideológico, y el contrapeso de una visión amarga, más real. En la época de las conmemoraciones del primer centenario de la Independencia (1922), se hicieron esfuerzos para pensar los dos lados y alcanzar una línea equilibrada.

Pero continuó la exacerbación patrioter, como puede verse por ejemplo en la curiosa producción de Elísio de Carvalho que –desde 1910 y en el libro *Esplendor e decadência da sociedade brasileira*– venía elaborando una visión fantástica, arianista, aristocrática, nativista y al mismo tiempo fascinada por los refinamientos europeos. Ese distanciamiento del anarquismo desarrolló un nacionalismo triunfalista, que veía en la grandeza del país (hipertrofiada retóricamente) el fruto de los esfuerzos de élites arias e hidalgas. El nacionalismo ornamental alcanza aquí uno de sus límites implícitos, al excluir tácticamente de la nacionalidad: al pobre, al negro, al mestizo, al chagásico, al enfermo de fiebres, al subnutrido, al esclavizado, como si fuesen accidentes, manchas secundarias en el blasón de las oligarquías idealizadas en una especie de lectura delirante de nuestra historia.

Con más sobriedad e innegable poder de análisis, Oliveira Viana llevaría agua a este molino en 1920, con *Populações meridionais do Brasil*. Y daría argumentos para el nacionalismo autoritario y conservador de los años 1920 y 1930, que tendría derivaciones hacia el lado del fascismo y que alimentaría la ideología del Estado Novo a partir de 1937. En este caso, el nacionalismo mostraba su faceta más antipática y peligrosa, que es la posición política reaccionaria, caldo de cultivo del militarismo, del provincianismo y de la brutalidad cultural.

Al mismo tiempo, los años de 1920 vieron actitudes más fecundas y constructivas en el campo de la literatura, de las artes y del pensamiento, empezando por las posiciones del Modernismo, plasmado en la Semana de Arte Moderna (1922). Y también en el contrapunto de tendencias, como por ejemplo los ensayistas (incluso Oliveira Viana) reunidos en el volumen colectivo *À margem da história da República* (1924), gama de orientaciones que van desde el tradicionalismo hasta ciertas visiones lúcidas sobre el presente. Para José Antonio Nogueira, en el ensayo *O ideal brasileiro desenvolvido na República*, “nacionalismo es sinónimo de patriotismo”, pero con un rasgo propio: “El patriotismo es un sentimiento profundo. El nacionalismo es sobre todo una actitud intelectual”, que debería oponerse como tal al socialismo, al anarquismo, tendencias antipatrióticas e internacionalistas.

Pontes de Miranta sitúa el problema con una agudeza que lo hace precursor de tendencias actuales. En el estudio *Preliminares para a revisão constitucional*, afirma que “*el socialismo de los proletarios de los pueblos explotadores puede ser universalista y no patriótico; pero el de los pueblos explotados tiene que atender al doble problema: el del sometimiento del trabajo al capital y el del cuerpo social a los otros cuerpos sociales*. Por lo tanto, sería erróneo no asociar al movimiento obrero de tales países el cuidado y el interés por los asuntos *nacionales*, por lo que podríamos denominar el *socialismo de los pueblos*. Mientras exista opresión económica y política entre Estados, entre naciones, el socialismo de los

oprimidos debe ser *nacionalista*” (lo subrayado es de Pontes de Miranda). No podría definirse con mayor inteligencia un problema que será crucial en nuestros días, cuando el nacionalismo se volvió un sinónimo de lucha antimperialista y de liberación de los países colonizados y explotados por las naciones predatorias del Primer Mundo.

En el terreno de la cultura ese periodo fue lleno de debates e intentos destinados a definir una teoría y una práctica nacionalista en las artes y en la literatura. En tales dominios no deja de haber cierta inversión del punto de vista de Pontes de Miranda, pues si los países de vieja civilización pueden prescindir relativamente de préstamos culturales, bastándose a sí mismos, los nuevos dependen básicamente de ellos. Existiría por tanto una situación un poco paradójica: en el campo social y político, el país atrasado y nuevo necesita ser nacionalista, en el sentido de preservar y defender su autonomía y su iniciativa; pero en el terreno cultural, necesita recibir constantemente las contribuciones de los países ricos que económicamente lo dominan. De allí, una dialéctica extremadamente compleja que los modernistas brasileños percibieron y procuraron resolver a su manera. Es fundamental todo su movimiento de valorización de los temas nacionales, la consciencia del mestizaje, la rehabilitación de los grupos y valores marginados (indio, negro, proletario). Pero, curiosamente, lo hicieron recurriendo a instrumentos liberadores de la vanguardia europea, esto es, de los países de cuyo imperio cultural a la vez trataban de liberarse.

Esta dialéctica es nítida en la obra de Mario de Andrade, el pensador del Modernismo que luchó por el nacionalismo en todas sus dimensiones, desde el idioma (que él deseaba profundamente distinto del de Portugal, no sólo en el habla sino en todos los niveles de escritura), hasta las concepciones estéticas más abstractas. Hombre de refinada cultura europea, y a la vez profundo conocedor de nuestras tradiciones, erudito y polígrafo, no dudó en adoptar cierta exageración nativista deformante que comprometería parte de lo que escribió, pero que él asumió conscientemente, como arma de choque y al mismo tiempo de rigurosa instauración. El Modernismo fue un momento crucial en el proceso de constitución de la cultura brasileña, afirmando lo particular del país en términos tomados de los países más avanzados. Más que nadie, los modernistas hicieron sentir la verdad según la cual sólo lo particular se universaliza, o, como dijo Mario de Andrade respecto a la música: “No existe música internacional y mucho menos música universal; lo que existe son genios que se universalizan por ser demasiado fundamentales”. Oswald de Andrade expresó brillantemente en la teoría de la Antropofagia todo ese movimiento, al sugerir que nuestro modo de hacer cultura era devorar a la europea, a fin de transformarla en nuestra sangre y carne.

Con los modernistas quedó bastante golpeado el *ufanismo* de las décadas anteriores, la óptica deformante del optimismo patriotero. Pero he aquí que un lado del movimiento se destaca y recae a su manera en el que parecía deshecho, creando un hipernacionalismo sentimental, romántico y de patria-amada: el del grupo Verde-amarelo. Así se hizo evidente cómo en las variaciones de nuestro nacionalismo se cruzan a cada instante la actitud crítica y la obnubilación afectiva. Los líderes verde-amarelos se definieron en el terreno político según varias gamas de la derecha, hasta la versión local del fascismo, con el Integralismo de Plinio Salgado. A esa altura, es decir a inicios de los años treinta, el nacionalismo fue principalmente leña en el fuego de la reacción política. Pero también fue, de una u otra forma, una gran aspiración para investigar y definir la identidad del país.

Al respecto, la década de 1930 estuvo llena de ejemplos interesantes. El movimiento revolucionario de ese año marcó la maduración del interés de los brasileños por Brasil, con extraordinario incremento de los estudios sobre nuestra historia, organización política, problemas sociales y económicos. Por su parte, la literatura adquirió dimensión nacional definitiva, superando los regionalismos y afirmándose como instrumento de una visión de las regiones como partes subordinadas a un todo. Pero la palabra “nacionalismo” fue más que nunca un rótulo querido por las concepciones de corte autoritario (Azevedo Amaral, Oliveira Viana) o francamente fascistas (Otavio de Faria, el Integralismo), que desembocaron en 1937 en la dictadura del Estado Novo, a través de la cual Getulio Vargas expresó y capitalizó las corrientes anti-democráticas del momento, como forma de canalizar a su manera las aspiraciones populares. Estas connotaciones predominaban y hacían del nacionalismo una fórmula de salvación del *status quo*.

En el campo estrictamente cultural, hubo después de 1930 algo más amplio, correspondiente a la nacionalización relativa de los mecanismos de transmisión del saber, lo que permite discernir formas más propicias de concebir el nacionalismo. La bibliografía escolar, por ejemplo, tuvo acentuada inflexión en este sentido, con el estímulo al libro didáctico de autores brasileños para todas las disciplinas del nivel secundario. Una gran empresa en este campo fue la Biblioteca Pedagógica Brasileira, concebida, organizada y dirigida por Fernando de Azevedo, uno de los renovadores de la educación. Ella no sólo promovió el desarrollo del libro didáctico, sino que creó con la serie *Brasiliana* el más grande acervo sistemático de conocimientos sobre el país que habíamos conocido hasta entonces. La portada de sus volúmenes, donde se veía en colores que variaban, el mapa del país sembrado de estrellas, ya era un programa. Y el ejemplo fue seguido por otras editoras, las que profundizaron el sentido de nacionalismo como pesquisa y conocimiento del Brasil, en el pasado y en el presente. En

esa misma década de 1930 hubo un hecho que aclara los mecanismos de nuestro nacionalismo cultural: la fundación de las escuelas superiores de estudios sociales, filosóficos y literarios. Y de universidades, que no fuesen simple suma de escuelas preexistentes, sino que correspondiesen a un proyecto orgánico de instauración del saber por medio de la reflexión y de la investigación desinteresada; esto es, no vinculadas inmediatamente a las exigencias de la formación profesional. Fue lo que comenzó a ser realidad en São Paulo a partir de 1933 y 1934.

Si permanecemos en el caso paulista, que conozco bien, aprovecho para recordar de qué manera un proyecto de claro sentido nacional fue realizado con el recurso casi total de la contribución extranjera. Una vez más, en Brasil, la cultura orientada hacia la realidad local se construyó y desarrolló a través de personas, libros, ideas y métodos traídos de fuera y aclimatados aquí en la medida de lo posible. Y el resultado fue bueno. Si me remito a la experiencia personal, recuerdo entre divertido y sorprendido que mis maestros brasileños se preocupaban en citar a los autores europeos, en mostrar el conocimiento minucioso de Europa y la buena pronunciación del francés y del inglés, además de usar categorías del pensamiento europeo para construir imágenes abstractas de una realidad vaga. Mientras los maestros franceses nos obligaban a mirar el mundo circundante, a recurrir a las fuentes locales, a descuidar documentos e investigar la realidad próxima, en cambio los brasileños, patriotas y oradores del 7 de septiembre, terminaban por sacarnos del Brasil e iniciarnos en un mundo inexistente. Los franceses, usando su idioma, empleando sus métodos, nos situaban dentro del país. Pero eran combatidos por los nacionalistas del tipo patriotero como elementos “foráneos”, que venían a corromper la visión correcta (es decir, fantástica) del país.

Nacionalismo, pues, tenía un primer significado, digamos positivo, que expresaba el patriotismo normal y que correspondía al enorme esfuerzo por conocer el país. Pero cuando apelaba a términos como “brasilidad”, comenzaba a alterarse y a adquirir el sentido negativo de conservadurismo político, social y cultural; de sentimiento antipopular y simpatía por las soluciones del autoritarismo de derecha. Por eso, era una palabra sospechosa para los demócratas más consecuentes y para toda la izquierda. Con sus toques de xenofobia, patriotada, autoritarismo y “saudismo”, era un concepto y una posición que deseaban prolongar el pasado y usarlo para envenenar el presente, oponiéndose a concepciones más humanas; esto es, las que miraban el futuro y trataban de pensar los problemas de la sociedad más allá del ámbito de las naciones, como el socialismo, más atento al concepto de lucha de las clases y de solidaridad internacional de los trabajadores, que a los estados nacionales afirmándose con voluntad de imperio.

Es allí cuando a comienzos de los años cuarenta, la mesa de los socialistas de ese tiempo, la Unión Soviética, siente la amenaza y sufre después la invasión alemana. Bajo este impacto, empezó a revalorizar su pasado, sus héroes nacionales (algunos de los cuales execrados, hasta entonces), convirtiéndolos en protagonistas de películas patrióticas: Alexandre Nevski, Iván el Terrible, Pedro el Grande, Suvorof, Kutuzof. Al mismo tiempo, se le rindió culto a la bandera, al suelo sagrado, y a censurar, no al enemigo de clase, sino al “enemigo tradicional”, que venía de las planicies occidentales, *-niemetz*, caballero teutónico, nazista-. El himno internacional de los trabajadores cedió lugar a los himnos patrióticos, y Stalin recibió como designación obligatoria la de “guía genial de los pueblos” (de la URSS). Bajo el impacto de la guerra, resurgió así en todas partes la ideología nacionalista extremada, como mecanismo de lucha y supervivencia. Y esto influyó en el comportamiento de las izquierdas.

En América Latina, después de la guerra, el combate contra las oligarquías acabó por identificarlas con su patrono, el imperialismo; de manera que hubo, de parte de las izquierdas, una fusión de la lucha de clases con la afirmación nacional (a través del imperialismo). Por parte de los liberales, surgió un nuevo sentimiento de independencia económica, amparado por algunos gobiernos, como fue en Brasil con el mandato final de Getulio Vargas (1951-1954). En este contexto, “nacionalismo” comienza a ser otra cosa. Al generalizar la noción de nuestra independencia en relación al imperialismo, se modifica el patriotismo eufórico e ingenuo, sustituido por el sentimiento de defensa contra la infiltración política y cultural, que casi siempre le sigue a la dominación económica. El ingreso de las izquierdas en ese universo ideológico hizo que la palabra nacionalismo sufriera una alteración semántica de 180 grados. De tal manera que la derecha pasa a ser anti-nacionalista, y nacionalistas las tendencias radicales.

La derecha se asocia a la idea de servilismo cultural, alienación, imitación, cosmopolitismo; las tendencias radicales incorporan la valorización de los rasgos locales, la búsqueda de lo auténticamente brasileño, con una valorización nunca antes vista en esta escala de la cultura popular, de componentes africanos, y una especie de reacción contra fórmulas manipuladas desde fuera. Un intelectual combativo, Alberto Guerreiro Ramos, forja para describir la situación de su disciplina la expresión “sociología enlatada” con el fin de oponerse a la transferencia mecánica de métodos y teorías elaboradas en otros países, y acentuar la necesidad de elaborarlos aquí mismo.

A esto se asocia como base condicionante, la lucha por la defensa de las riquezas naturales, sobre todo el petróleo, objeto de campañas memorables durante los años cuarenta y cincuenta lideradas por las izquierdas, pero contando

con apoyos decisivos de la derecha, del partido Republicano (Arthur Bernardes) y de la Unión democrática Nacional (Gabriel Passos).

Estas tendencias culminaron con los gobiernos que trataron de resistir a los aspectos más agresivos del imperialismo, en el período final de Getulio Vargas y en la apertura popular de Joao Gulart (1961-1964). Todo el país vio entonces afirmaciones culturales muy vivas del sentimiento nacional (bajo nuevo ropaje): en el teatro participante, en el Cinema Novo, en la Música Popular Brasileña, culminando en el gran esfuerzo del Gobierno de Miguel Arraes, en Pernambuco, que patrocinó el método educacional transformador de Paulo Freire. Estos momentos y estos movimientos sellaron la transferencia semántica, al consagrar la palabra “nacionalismo” como algo progresista, tanto en la búsqueda de una cultura vinculada al pueblo, como en la politización de la inteligencia y del arte, –todo englobado en la lucha contra la servidumbre económica– en relación al imperialismo (en nuestro caso, sobre todo norteamericano), y a favor de la incorporación efectiva a la vida nacional de las poblaciones marginadas y expoliadas. El objetivo de este artículo fue verificar la fluctuación de la palabra “nacionalismo” (que es una especie de imán que atrae limaduras distintas según la hora), en lo que respecta preferentemente a los aspectos culturales.

Resumen: en la historia brasileña de este siglo, han sido formas de nacionalismo –o pueden ser consideradas como tales –el ufanismo patrioter, el pesimismo realista, el arianismo aristocrático, la reivindicación del mestizaje, la xenofobia, la asimilación de modelos europeos, el rechazo de dichos modelos, la valorización de la cultura popular, el conservadurismo político, las posiciones de izquierda, la defensa del patrimonio económico, la búsqueda de la originalidad, etcétera, etcétera. Tales matices se suceden o se combinan, de modo que a veces resulta un todo armonioso, y a veces algo incoherente. Y esta fluctuación, esta variedad, muestra que se trata de una palabra arraigada en la misma pulsación de nuestra sociedad y de nuestra vida cultural.

Hoy, “nacionalismo” es por lo menos una estrategia indispensable de defensa, porque es en la escala de la nación donde tenemos que luchar contra la absorción económica del imperialismo. Ser nacionalista es ser consciente de ello, pero también de los peligros complementarios.

En el campo cultural es preciso hacer algunas observaciones. Si por nacionalismo entendemos la exclusión de las fuentes extranjeras, caemos en el provincianismo, pero si lo entendemos como cautela contra la fascinación provinciana hacia esas fuentes, es lo correcto. Si nacionalismo fuera la adversión contra otros países, incluso imperialistas, sería un error deshumanizador, pero si fuera valorización de nuestros intereses y componentes, en su pluralidad,

más allá de la defensa contra la dominación por parte de esos países, sería un bien. Si entendemos por nacionalismo el desconocimiento de las raíces europeas, corremos el riesgo de entorpecer nuestro desarrollo armonioso, pero si lo entendemos como conciencia de nuestra diferencia y criterio para defender nuestra identidad, esto es, lo que nos caracteriza a partir de las matrices, estamos garantizando nuestro ser –que no está solamente “acribillado de razas” (como dice un poema de Mario de Andrade)– sino de culturas.